

La hora de lo aplazado

JOSE ANTONIO VITORIA ARMENDÁRIZ

LA HORA DE LO APLAZADO

En la violenta soberbia de la noche,
y en todas las noches del regreso,
intentarás en otro cuerpo que se ofrece
una cadena de gestos con que querer alcanzarte
sin alcanzarte nunca verdaderamente.
No hay ya fiebre en esta búsqueda,
sino una especie de pasión por el detalle
y por el rito, ni siquiera nostalgia.

Sólo la ausencia de dolor
es parecida a esta ausencia.
Todo lo alcanza, todo lo protege
y para siempre empaña,
igual que un vaho espeso,
la superficie fría en que el deseo
alguna vez nos hizo reflejarnos,
y mirar y revelarnos.

CASI SOLOS

Movido por una inercia blanda,
me encierro en ti a la busca
de un círculo de sensaciones, tactos,
términos simples que tal vez sumen,
más que el idioma de tu cuerpo,
la ilusión perdida de los cuerpos.

Frente a frente, aun sin saberlo,
la carne quiere tener lugar. Frente a frente,
algo da vida al ojo que mira y mira
hasta trazar esa parte de ti
que nada más la búsqueda
y la sed de otro certifica.

Como a la víctima de un sacrificio
te lleno de saetas, te observo:
tu piel abierta.
Llamar deseo a esta inspección es predecible,
un puro suceso hecho de luz y espejos.

ONANISMO (LECCIONES DE LA EDAD)

En el momento crucial
en que a solas queme en la piel
toda la purpurina inútil de la memoria
y sólo quede la propia mano
resbalando lentamente sobre el cuerpo,
entonces uno deberá encontrar en sí
—un final previsible y poco literario—
la decisión y el valor de cerrar los ojos
y entreabrírse y engañarse otra vez
con una última caricia,
como ya sólo se mienten dos
cuando han estado mucho juntos.

MATAR LOS RECUERDOS

Como este viento cuyo contacto quema y quema,
resistes, sombra fiel que en cualquier portal
me lames los pliegues de la carne
a pesar del tiempo y la distancia
—aire de la memoria, tensión
que no es memoria sin embargo, ni es olvido—.

Tu boca en mi piel.
Como el viento, vuelves y mi cuerpo no puede
evitarte,
y, sin poderte asesinar nunca verdaderamente,
haces que, entre el olor a semen
y el vaivén demente del bochorno,
sólo este esfuerzo de lucidez sea la venganza posible.
No es memoria ni es olvido, y quema
igual que el contacto de una loca
que a la fuerza bese
a los niños en los labios,
excesiva, obscenamente: dando miedo.

El viento caliente de tu boca.

AMOR HECHO, I

Quando el amor es ya sólo cacería de sombras
con que cubrir de retratos el tiempo
ningún gesto debe alejarse de un ritual
sin pasión, propiciatorio, idéntico.

Como si una maldición condenara a los cuerpos
a seguir asaltándose sin amor y sin objeto,
el simulacro que los reúna incluirá
el dolor y la lucha y la herida,
y hará iguales a quien alancea y a quien es tocado,
al que juntos rasga tela y carne y a quien se ofrenda.
Hay una misma sed. La misma búsqueda en ambos,
en esa oscuridad donde las manos
persiguen sólo una memoria de sí mismas
entre esa malla de brazos y sexos enlazados.
Ya no es urgente el otro porque nada más
a una liturgia nos remite: no hay nadie.
La soledad final está escondida
tras esas gotas de esperma
como perlas arrancadas a la muerte.

AMOR HECHO, II

Te miro perderte después de mirarte cerca
y sé que los cuerpos no recuerdan:
son nada más cómplices que se esfuman.
Tus rasgos se borran sin remedio
entre los rasgos superpuestos de los álbumes
sin poder borrar, en cambio,
que nos hemos conocido muchas veces,
en muchas noches, en muchos cuerpos
que no fueron de nadie y no son de nadie.
Una ley antigua nos condena a sernos fieles:
te miraré otra vez en otra noche,
con tu rostro o con otro rostro,
y no habrá palabras ni más tiempo
más que para esa desamparada sed
sin cesar apagada en algo sin nombre.

AMOR HECHO, III

De los cuerpos apenas habrá quedado
ese cúmulo final
de palabras que nunca serán dichas.
Se yerguen, se visten, cruzan,
y mientras van descendiendo y alejándose,
ya como sombras de otro tiempo,
queda sólo a su espalda un rumor de ropas
que hasta lo más oscuro alguna vez cayeron,
un olor a sábanas, a cerrado,
a humedad acariciada, y ese sabor de boca
que nos queda al día siguiente
de haber trasnochado con exceso.

Palabras que nos diremos.
Deseo. Hueco de una avidez
en un santoral de cuerpos que ya no tienen cara.

NUDOS DE CARNE

Fue un tiempo de portales sombríos y de cuartos
que esperaban en los últimos pisos de la madrugada,
y había siempre un espejo y libros amontonados,
afiches malcubriendo las paredes,
manchas de café sobre los muebles y en el suelo
oscuridad y ropas esparcidas que abrigaran
la semiconsentida desnudez de un cuerpo:
animal joven del color del trigo.

Como en un decorado de fotógrafo,
mil veces doblado y desdoblado,
los rostros se intercambian, son huecos que no
cuentan
sobre un telón de batallas no ganadas,
de turbiedad, de sed y roces inciertos,
y de prendas arrugadas con demencia.

Nada subraya la memoria, nada dibuja
sino una sola noche sin límites, llena
de quemazones de ácido y cremalleras
abiertas igual que viejas llagas en que la mano
sin piedad buscara, una vez y otra vez,
el regalo que nos hizo alguien
que luego nos haya traicionado.

Aquellos férreos nudos de atormentada carne.

CAPELLÁN DE LA BARCA DE CARONTE

Hay un libro abierto –son grabados–
cubriendo en parte las vetas de la madera.
Hay una mesa
en cuyo desorden hallar la cifra de todo un
Universo.

Hay un cuarto –luz cenital, blancos tabiques–
que ha sido para mí más grande que el mundo,
porque para mí fue el mundo y aún
no he agotado sus secretos.
Hay unos ojos que resbalan
de la imagen –una barca sobre un río–
hacia esa mesa repleta
en la que marchan al olvido
los diezmos de alguna pasión aniquilada.
Hay nada más que unos ojos que recorren la
estancia

que la mirada adrede abarca y recrea
haciéndolo todo posible, haciendo
que todo permanezca sin dolor
mientras me agoto y rebusco símbolos
en esta travesía imaginaria y pusilánime.
El hombre, qué animal metafísico.

HIMNO CAINITA

Cuando los años de la intensidad creas pasados,
descubre a la memoria la tentación de la impostura
y fábricale un tejido
de cautelas con que afrontar el tiempo.
Sacrifica a esta empresa cuanto estorbe,
no dudes en borrar tu propio rastro,
dispersa, usa el fuego y calcina
un espacio sin pasión, una tierra de nadie:
sabes que antaño el primer vino era vertido
con la vaga esperanza de interesar a los dioses.

Pero reconoce también en ese desgaste
un brillo que se pierde, una inquietante ausencia:
melancólica sorpresa de descubrir que haya tanto
aún más efímero que tu propio cuerpo.
Los rostros. Los nombres inmolados.

Cierra entonces los ojos con la fuerza que te sea
posible
y no busques más los indicios que delatan,
las pistas –entretejidas, dispersas, calcinadas–
que todavía señalen otra vida.
Y no quieras recordar a la memoria
tus manos manchadas y todo ese amor derramado
que hoy da vértigo. Toda esa rabia.

BIO-BIBLIOGRAFÍA

José Antonio Vitoria Armendáriz nació en Pamplona el año 1962. Ha cursado estudios de Arquitectura. En 1983 recibió el Premio Arga de poesía, en 1990 el Francisco Ynduráin de las Letras para Escritores Jóvenes, y en 1985 una ayuda a la Creación Literaria del Gobierno de Navarra.

Ha realizado diversos trabajos como guionista y director cinematográfico, en una veintena de películas y series, tanto para cine como para la televisión. Actualmente reside en San Sebastián.

Adiós al Beacle. Pamplona, Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, 1984.

Un libro de las repeticiones. Pamplona, Editorial Pamiela, 1986.

Casi solos. Madrid, Ediciones del Taller, 1993.